

## Exilio y paralaje

Nicolás Hochman  
Universidad de Buenos Aires  
hochmanicolas@yahoo.com.ar ◆

El artículo parte de la base de que toda lectura acerca de la sociedad, los fenómenos que la atraviesan y las interacciones entre los sujetos, está condicionada por la visión de paralaje, un descubrimiento proveniente de la astronomía que con los siglos fue adoptado por la física y la fotografía. Específicamente, el objetivo es poder realizar una nueva interpretación del exilio, en tanto categoría analítica, a partir

de la experiencia de dos escritores: Witold Gombrowicz y Fabio Morábito. El estudio de sus vidas y obras permite aportar una nueva visión (también en paralaje) del exilio, que a veces trasciende las cuestiones políticas e ideológicas y se constituye como un movimiento en el cual muchas veces el inconsciente desempeña un papel fundamental.

**Palabras clave:** exilio, paralaje, Gombrowicz, Morábito.

Lo que significa la paralaje es que *el mismo poner entre paréntesis define su objeto*.<sup>1</sup>

### Visión de paralaje

La palabra paralaje viene del griego y significa algo así como cambio o diferencia. Inicialmente el concepto surgió de la mano de la astronomía, para hablar de la “diferencia entre las posiciones aparentes que en la bóveda celeste tiene un astro, según el punto desde donde se supone observado”.<sup>2</sup> Para poner un ejemplo cotidiano, podemos enfocar un objeto específico a la distancia, sosteniendo el dedo índice hacia él. Luego, al cerrar alternativamente un ojo y otro, veremos cómo el dedo y el objeto

<sup>1</sup> | Žižek, *Visión de paralaje*, p. 93.

<sup>2</sup> | Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*.

escogido varían en su relación espacial. Es decir, notaremos que según el ángulo desde el cual lo observemos, su posición será una u otra.

Con los años, el término fue incorporado por la fotografía y los estudios de óptica. En otro ejemplo fácilmente accesible, la paralaje aparece en las ya arcaicas cámaras de fotos con rollo, en las que el fotógrafo miraba por un visor ubicado generalmente arriba a la izquierda, estando la lente en el centro del aparato. Esa distancia entre un punto y otro es precisamente la visión de paralaje, que marca una desviación angular con respecto a un objeto determinado, de acuerdo con la perspectiva desde la cual se lo mire. Cualquiera que haya sacado una foto con aquellas cámaras recordará que la imagen que aparecía en el (también arcaico) revelado no estaba tan centrada como uno creía recordar. Así, muchas cabezas aparecían cortadas por la mitad, algunas piernas eran amputadas y enormes espacios podían quedar a la izquierda o derecha de la foto. La paralaje, claro, puede ser horizontal o vertical, y el grado de error producido será directamente proporcional al ángulo en el que el fabricante de la cámara ubicó el visor y la lente. Es decir, lo que ve quien toma la foto no es la misma imagen que ofrece el objetivo, sino un reemplazo muy similar.

Muchas de las cámaras del siglo XXI están exentas del error de paralaje, ya que mediante espejos y/o técnicas digitales consiguen que lo que ve el ojo y lo que muestra el aparato sea la misma cosa, desde idéntica posición. Los seres humanos, sin embargo, no poseen esa facultad. En la retina no hay diminutos circuitos electrónicos que ajusten la realidad externa a lo que están observando. Slavoj Žižek estudió este fenómeno en *Visión de paralaje* y lo define así:

La definición común de paralaje es: el aparente desplazamiento de un objeto (su deslizamiento de posición sobre un contexto) causado por un cambio en la posición de observación que brinda una nueva línea de visión. El giro filosófico que debe agregarse, por supuesto, es que la diferencia observada no es simplemente “subjetiva”, debido al hecho de que el mismo objeto que existe “allí afuera” es visto desde dos lugares o puntos de vista diferentes. Es más bien, como habría tenido que formularlo Hegel, que sujeto y objeto están inherentemente “mediados”, de modo que un desplazamiento “epistemológico” en el punto de vista del sujeto refleja siempre un desplazamiento “ontológico” en el objeto mismo.<sup>3</sup>

Cuando un investigador analiza fenómenos sociales, la paralaje siempre se halla presente. En mayor o menor medida, desde un ángulo u otro,

<sup>3</sup> | Žižek, *Visión de paralaje*, pp. 25-26.

con más o menos riesgo de error, la paralaje siempre está, porque es inherente a la condición humana. Porque sujeto y objeto se encuentran unidos pero separados, mediados por condiciones que trascienden su capacidad de observación y explicación. Por supuesto, esto no impide que los trabajos sobre dichos fenómenos sociales se realicen; de hecho, en muchísimas ocasiones los resultados obtenidos son asombrosos. Lo mismo ocurre con las viejas cámaras de fotos, en las que la paralaje siempre está, y no por eso impidió que desde Daguerre hasta el siglo XXI la gente lograra fotografías maravillosas. Sin embargo, y a menos que el investigador o el fotógrafo se quieran dejar llevar por los caminos del azar, deben tener en cuenta esa paralaje a la hora de empezar su labor. Aceptar que esa brecha está ahí, que esa brecha existe, es fundamental para obtener resultados que se acerquen a lo esperado.

### Una (casi única) mirada del exilio

La migración es un cambio, sí, pero de tal magnitud  
que no sólo pone en evidencia,  
sino también en riesgo, la identidad.<sup>4</sup>

Los estudios sobre exilio abundan en cantidad y calidad desde hace mucho tiempo en todo el mundo y en Argentina en particular.<sup>5</sup> Como señala José Luis de Diego, “la literatura argentina fue fundada por exiliados [...] Sarmiento y Hernández son los grandes escritores que da nuestro país en el siglo pasado. ¿Se ha advertido que *Facundo* fue escrito en el exilio y que *Martín Fierro* es la historia de un desterrado?”.<sup>6</sup>

Esta tendencia, que está inscrita en las raíces de la historia argentina, se manifestó casi sin intermitencias durante el siglo XIX, todo el siglo XX y comienzos del XXI. Argentina se vio desde siempre afectada por el fenómeno del exilio, desprendimiento inmediato de los movimientos migratorios de y hacia Europa, pero también a otras partes de América, y en menor medida de y hacia los restantes continentes.

El exilio se estudió en los casos de aquellos próceres que debieron abandonar la tierra natal cuando gobiernos adversos ocuparon el poder, pero también en las ocasiones en que sufrieron el destierro antes de lle-

<sup>4</sup> Grinberg y Grinberg, *Psicoanálisis*, p. 39.

<sup>5</sup> Véase, por ejemplo, Podlubne y Giordano, “Exilio y extraterritorialidad”; Grinberg y Grinberg, *Psicoanálisis*; Bernetti y Giardinelli, *México: el exilio*; Burckas, “Escribir el exilio”; Franco, *El exilio*; Jensen, *Los exiliados*; Vitale, *Ius migrandi*; Traverso, *Cosmópolis*.

<sup>6</sup> De Diego, “Relatos”, p. 431.

gar a ser próceres (la generación del '37 es un claro ejemplo de esto). El exilio continuó con las expulsiones de militantes y activistas de fines del siglo XIX y principios del XX, y mantuvo un flujo permanente a partir de los golpes militares, de 1930 a 1983.

La bibliografía sobre el tema siempre fue muy generosa, y con el paso de los años se fue enriqueciendo mediante el aporte de diferentes disciplinas y el abordaje del fenómeno desde distintos géneros: de lo ensayístico a lo autobiográfico, de las cartas abiertas a las novelas, de la poesía al relato de *non-fiction*, de los congresos y paneles de discusión a las tesis doctorales.

Es a partir del retorno de la democracia que los estudios se multiplican y las publicaciones al respecto bombardean el mercado editorial. Es lógico que así haya ocurrido, ya que la mayoría de los autores que se dedicaron a este tema sufrieron directamente la experiencia del exilio; y cuando no fue así, es fácil suponer que sí conocieron a alguien que debió exiliarse. El exilio, que ya estaba instituido como un tema de debate, se posicionó como uno de los principales elementos de discusión en la vida política, social e intelectual del país, donde la paralaje siempre estaba (y sigue estando) presente. El relato acerca de aquellas experiencias siempre está mediado por el contexto. Poco importa si un autor habla de su propio exilio, o si se dedica a investigar el de un grupo de personas en otro momento histórico, en otro país, en una situación completamente distinta a la que se vivió en Argentina durante las últimas dictaduras. Poco importa, porque la paralaje existe y es imposible disociar completamente las propias experiencias de vida de aquello que se relata mediante la palabra.

En este sentido, y pese a la multiplicidad de trabajos que se pueden encontrar al respecto, es factible trazar algunos puntos en común entre la mayoría de estas publicaciones. Un elemento cohesionador, por ejemplo, es la visión del exilio como una experiencia límite y traumática que afecta la personalidad del individuo. Otro, la problemática que se genera a partir del *irse* y el *volver*, así no haya retorno luego de la marcha, o bien el sujeto se vaya, vuelva, y se vaya otra vez. Pero lo que llama poderosamente la atención es otro aspecto, que hasta ahora no fue problematizado, y es el hecho de que no se especifique de qué se habla cuando se habla de exilio. Si bien algunos autores hacen un breve rastreo histórico y lingüístico del concepto,<sup>7</sup> no se llega a especificar ni demarcar la idea. De este modo, se sobreentiende de qué es de lo que se está hablando, simplificando y reduciendo los alcances del exilio, entendido como una categoría analítica.

Si cualquier investigador establece un estado de la cuestión acerca del tema, podrá comprobar que los trabajos referidos al exilio pueden clasifi-

<sup>7</sup> | Ver Dornheim, "El exilio en la Argentina".

carse en dos grandes categorías al respecto. Por un lado, aquellos autores que hablan del exilio sin definirlo ni conceptualizarlo teóricamente, prefiriendo centrarse en analizar su *praxis* a través de casos concretos. Por otro lado, aquellos autores que sí hacen un breve abordaje teórico de la cuestión y que, sin llegar a explicitarlo, entienden por exilio un sinónimo de exilio político-ideológico.

El problema que presenta utilizar conceptos parecidos como sinónimos es que muchas veces se puede caer en reduccionismos poco provechosos para el desarrollo de los estudios sociales. Suponer que el exilio *siempre* será exilio político-ideológico implica negar la brecha que hay entre uno y otro; es decir, no aceptar la paralaje que existe, que está ahí. Consecuentemente, los resultados que se obtienen en ocasiones no son los mejores que se podrían esperar, ya que de esa manera el investigador deja fuera del encuadre elementos que, probablemente, sean fundamentales para entender la experiencia exiliar.<sup>8</sup>

No es la intención de este artículo negar la importancia de los estudios acerca de exilios de corte político-ideológico, sino ofrecer una mirada alterna para complementarlos y enriquecerlos. Es evidente que las cuestiones político-ideológicas dominan el estudio del exilio, y sería seguramente incoherente que no ocurriera así, teniendo en cuenta precisamente las experiencias exiliares (directas o indirectas) de aquellos investigadores que se involucran con este tema.

### Otras maneras de exiliarse

“Ser” un inmigrante es, pues, muy distinto a “saber” que se emigra.

Implica asumir plena y profundamente la verdad y la responsabilidad absolutas inherentes a esa condición. Las realizaciones de este tipo pertenecen a un estado mental y emocional difíciles de soportar. Ello explica la necesidad de recurrir a múltiples operaciones defensivas, para quedar tan sólo en el “saber” y no en el “ser” emigrantes.<sup>9</sup>

Habitualmente se entiende por exilio la experiencia abrupta que enfrenta un individuo cuando debe abandonar su país por razones políticas y/o ideológicas. Generalmente ese exilio está ligado a la presión real de un Estado opresor, muchas veces militar, que amenaza la integridad física

<sup>8</sup> Resulta sugerente pensar que, en muchos casos, son principalmente los exiliados por motivos políticos y/o ideológicos los que niegan la entidad de exiliados a otras personas que abandonaron sus espacios natales por motivos que no se asemejan a los suyos.

<sup>9</sup> Grinberg y Grinberg, *Psicoanálisis*, p. 82.

del sujeto debido a diferentes posturas de pensamiento o acción. En ocasiones, la persona marcha al exilio por recomendación directa del Estado (o de los funcionarios que lo encarnan) y obtiene su pasaje al exterior de manera legal, como si fuera una medida preventiva. En otros contextos, el Estado no brinda esa posibilidad a modo de advertencia, y el sujeto elige exiliarse antes de que una catástrofe se cierna sobre él o sus allegados. Estas políticas pueden ser individuales o masivas, sin que por ello se distinga entre un tipo de exilio u otro. La experiencia, en todo caso, no deja de ser individual (indivisa), por más compartida y generalizada que sea. Como señala Juan Gelman,

Serías más aguantable, exilio, sin tantos profesores del exilio, sociólogos, poetas del exilio, llorones del exilio, alumnos del exilio, profesionales del exilio, buenas almas con una balancita en la mano pesando el más el menos, el residuo, la división de las distancias, el 2 x 2 de esta miseria.

Un hombre dividido por dos no da dos hombres.

[¿]Quién carajo se atreve, en estas circunstancias, a multiplicar mi alma por uno[?]<sup>10</sup>

Es innegable que una experiencia que reúne algunas de las características mencionadas arriba puede conducir al exilio. Sin embargo, no toda expulsión o abandono (por motivos político-ideológicos) de un país se transforma en exilio, ni todo exilio está causado por detonantes similares.

Si bien no se conoce con exactitud de dónde proviene la palabra exilio, es de suponerse que esté ligada a relatos de la antigüedad. En *La Eneida*, Virgilio describe qué pasó cuando Ulises, Aquiles, Agamenón y demás griegos famosos saquearon y destruyeron Troya. En el libro, Virgilio narra la epopeya de Eneas, príncipe de Dardania, quien condujo a los troyanos fuera de su ciudad y los trasladó hasta Italia para que pudieran estar seguros. Irse de Troya, estar fuera de Ilión (como se la llamaba antiguamente), *ex-Ilión*. Si aceptamos que el origen de la palabra puede estar asociado a este relato, veremos entonces que aquellos primeros exiliados no abandonaron su ciudad por un motivo político-ideológico, sino porque su ciudad no existía más. Es indisociable la desaparición de Troya de los motivos que llevaron a su caída (duelos de dioses, problemas de jurisdicción, enfrentamientos comerciales, mujeres que se van con otros hombres que no son sus maridos, etc.), pero lo importante aquí es otra cosa: los exiliados se convirtieron en tales a partir del momento en que una

<sup>10</sup> | Gelman y Bayer, *Exilio*, p. 31.

situación límite les impidió continuar viviendo como lo hacían y los obligó a buscar una alternativa para seguir adelante. No se vieron expulsados por un Estado opresor, sino por un vacío imposible de llenar.

Para que un exiliado sea exiliado, hay un requisito indispensable: la elección. No necesariamente esa elección es la de irse, ya que un deportado se ve imposibilitado de elegir si permanecer o alejarse,<sup>11</sup> sino la de verse a sí mismo como tal. Como sugería Gelman en la cita anterior, no son los profesores, poetas ni sociólogos los que definen *qué es ser un exiliado*, sino el exiliado mismo. El exilio no es una categoría necesariamente permanente, sino que muta, se transforma, varía según la percepción que el propio sujeto tenga de su realidad, de su propia paralaje. Es probable que una persona que debió exiliarse en un momento dado a otro país, pero logró superar el trauma, resignificar su experiencia y al sentirse a gusto con su nueva vida no se sienta exiliada. Ahí hay un punto importante para demarcar las continuidades e intermitencias de su exilio, que dependerán, en cada caso, de la psiquis del sujeto, en relación con las fluctuaciones cotidianas de la vida y el contexto en el que elige vivir. Cómo lo elige. Para qué, cuándo, dónde, de qué manera, con quién.

El exilio genera un trauma que puede desencadenar reacciones sumamente diversas. Pero el trauma, como tal, puede ser resignificado, y aunque la experiencia permanezca allí ineluctablemente, es susceptible de ser elaborada. El exilio implica una serie de elecciones que, por supuesto, no son fáciles, ni cómodas, ni carentes de paradojas y contradicciones inherentes. Elecciones que posiblemente nunca puedan llegar a ser tomadas y que impliquen consecuencias imprevisibles para el sujeto y su entorno más inmediato. Pero elecciones al fin.

La elección de un sujeto de verse a sí mismo como exiliado, consciente o inconsciente, surge probablemente del enfrentarse con el vacío simbólico que queda tras la destrucción de Troya. Esa destrucción, que puede haber sido detonada por factores político-ideológicos, tiene en muchos casos causas que la anteceden, y que no siempre son demasiado claras para el sujeto que lleva a cabo acciones que lo comprometen, acciones que tienen consecuencias. Esto quiere decir que lo político-ideológico, aunque muchas veces esté y sea central en el exilio como consecuencia, puede no ser su motivo fundante, o al menos no el único.

El exilio se convierte así en un fenómeno complejo y difícil de reducir a estructuras rígidas, inencasillable en los moldes que los investigadores

<sup>11</sup> Distinto es el caso de un sujeto que se ve forzado a abandonar un espacio bajo la amenaza latente de la muerte. En este punto la persona sí tiene una elección, que es la de quedarse y morir, o irse y vivir. Aunque dramática y binaria, sigue siendo una elección.

sociales tantas veces nos acostumbramos a utilizar para poder demarcar con claridad de qué estamos hablando. Un concepto incómodo, permeable, poroso, fluctuante, en continuo movimiento.

Un sujeto puede exiliarse porque una dictadura militar lo fuerza a hacerlo. Pero también puede hacerlo por motivos económicos, o sociales. Puede estar en el exilio cuando su lengua no es la del nuevo espacio que habita, aunque no haya habido una expulsión de su tierra natal que lo llevara a trasladarse allí. O puede naufragar como Robinson Crusoe, Tom Hanks en *El náufrago*, o los pasajeros del vuelo 815 de Oceanic Airlines en *Lost*. Puede experimentar un exilio por motivos burocráticos, como le ocurre (nuevamente) a Tom Hanks en la película *La terminal*, de Steven Spielberg, o sentir que está exiliado en su propio país, al que tampoco siente pertenecer. Puede haberse exiliado un habitante de provincia que se trasladó a trabajar a una capital y encontró allí una cultura radicalmente diferente de aquella que dejó. O, como ocurre muchas veces, el exiliado se encuentra exiliado de sí mismo, ya que no consigue elaborar el vacío que dejó Troya y probablemente ni siquiera sepa por qué se siente así.

Partiendo de la idea de que es posible que el concepto de exilio provenga de *ex-Ilión*, nacido de la pluma de un escritor hablando de un mito creado *ad hoc*, analicemos con un poco más de detenimiento algunos de estos ejemplos tomando a dos autores de ficción que hablaron de su experiencia exiliar de manera más o menos directa: Fabio Morábito y Witold Gombrowicz.

### Morábito o el exilio de la lengua

A fuerza de mudarme  
he aprendido a no pegar  
los muebles a los muros,  
a no clavar muy hondo,  
a atornillar sólo lo justo.  
(...) entro en la nueva casa  
tratando de entender,  
es más,  
viendo por dónde habré de irme.<sup>12</sup>

Fabio Morábito es un prestigioso escritor de nacionalidad mexicana. Nació en Alejandría, Egipto, en 1955, pero como sus padres eran italianos se trasladó desde muy pequeño a Milán. A los quince años su familia volvió

<sup>12</sup> Morábito, "Mudanza", en *Lunes todo el año*, 2005.



a mudarse, esta vez a México, donde Morábito se dedicó a las letras. Tras adoptar el español como primera lengua, comenzó a publicar sus libros (cuentos, poesías, ensayos, relatos infantiles y traducciones). Si alguien lo escucha hablar, entenderá perfectamente que lo hace en español, aunque sea tan evidente que su país de origen es otro, pues su pronunciación es la de un extranjero que no termina de interiorizar la nueva lengua.

En *Extraterritorialidad. Ensayos sobre la literatura y la revolución lingüística*,<sup>13</sup> George Steiner explica que en ocasiones, cuando un escritor abandona su patria y su lengua, puede emplear la literatura (y la traducción en particular) como un vehículo para poder sublimar la experiencia exiliar de la cual aún no pueden salir. Rossana Álvarez y Juan Gómez lo explican así:

En su ensayo “Extraterritorial”, George Steiner se detiene en el modo en que las lenguas, al ser traducidas por escritores multilingües, se ven recreadas, y reconoce que en esos procesos se estaría gestando una nueva figura de autor, signada desde el Romanticismo por el escritor como conocedor de la lengua con la que crea para, finalmente, concluir junto con Theodor Adorno que “solamente aquel que no se siente verdaderamente como en su propia casa dentro de una lengua puede usarla como instrumento”. La condición de extranjero del autor resignifica, entonces, el traslado de un lenguaje a otro, porque en ese proceso subyace una intención, un propósito del autor. De ese modo, la traducción resulta ser un medio para alcanzar un fin, la traducción se vuelve un dispositivo.<sup>14</sup>

A partir de esto, Gina Saraceni intenta comenzar a dar una explicación del por qué de las preocupaciones y acciones de Morábito dentro su obra:

El poeta-viajero se siente extranjero frente a la lengua: no solamente ante la lengua de adopción –el español–, sino también ante la lengua madre –el italiano–, que, con el paso de los años, se atrofia [...] convirtiéndose, en un momento dado, en una lengua extranjera que hay que volver a aprender/aprehender desde otro lugar: el lugar de la lengua literaria.

En un ensayo titulado “El escritor en busca de una lengua” (1993), Morábito dice que “sólo es posible hablar otro idioma convirtiéndose en otro individuo”, apuntando al hecho de que la lengua es el factor

<sup>13</sup> Steiner, *Extraterritorialidad*.

<sup>14</sup> Álvarez y Gómez, “Manuel Puig”.

constitutivo de la identidad del sujeto y que de ella depende su representación del mundo.<sup>15</sup>

Es algo habitual que los escritores, enfrentados a experiencias de carácter traumático, se refugien en la escritura y encuentren en ella un modo eficaz de poder resistir y transformar lo trágico en una representación aceptable.<sup>16</sup> Morábito, que sabe muy bien cuál es el carácter de esa experiencia, busca quitarle rigidez y dramatismo. Cuando Moctezuma Quistian Ollin Tecandi, periodista de la revista *Babab*, le pregunta de qué manera el continuo traslado afectó su vida y su obra, Morábito responde:

Afectó a mi vida al provocar un sentimiento persistente, no de desarraigo —es una palabra muy fuerte, trágica—, sí, de extranjería, de sentirme perteneciente a dos mundos diferentes y tener marcas de uno y otro. Esto no ha producido una escisión grave de la personalidad, pero sí el hecho de no ser ni sentirme totalmente italiano o totalmente mexicano, si es que estos términos significan algo.<sup>17</sup>

Quizás el libro en el que mejor puedan percibirse los síntomas del exilio en este escritor sea en *Lotes baldíos*, donde Morábito desarrolla una poesía que parte de ese desarraigo que él no quiere llamar así. En sus versos se percibe el dolor del tránsito permanente, de aquel que se siente extranjero dondequiera que esté. Ni totalmente italiano, ni totalmente mexicano, la angustia del haber ido se manifiesta como algo tangible, concreto, fácil de distinguir:

Yo nací en una playa  
de África, mis padres  
me llevaron al norte,  
a una ciudad febril,  
hoy vivo en las montañas,

me acostumbré a la altura  
y no escribo en mi lengua,  
en ciertos días del año

<sup>15</sup> Saraceni, *Escribir hacia atrás*, p. 122.

<sup>16</sup> Jacques Lacan dedicó gran parte de su seminario 23 a tratar este tema a partir del estudio de la obra de James Joyce, que le permitió explicar su concepto de *sinthome*. Lacan, *El Seminario. Libro 23*; Cfr. Hochman, "El exilio y los síntomas".

<sup>17</sup> Ollin, "La importancia del estilo". Morábito, "El escritor".

me dan mareos y vértigos,  
me vuelve la llanura.<sup>18</sup>

Yo nací lejos  
de mi patria, en una  
ciudad fundada  
en las afueras de África.

Que en todo continente  
y país, aunque mínimo,  
hay algo de más  
que no les pertenece [...]

Yo nací en un combate  
de lenguas y de orígenes  
que sólo tierra adentro  
termina, en el desierto,

tal vez por eso un algo  
de irrealidad me nutre  
de eterna despedida  
y la ironía no basta

—ni el buen humor, ni el arte—  
para dejar de ser  
alguien que en todas partes  
se siente un extranjero.<sup>19</sup>

Esa extranjería de la que él hace mención se traduce en primer lugar como una pérdida de su patria, que luego deriva en un cortocircuito que dificulta establecer precisamente qué y cuál es esa patria. Esto resulta muy habitual en los exiliados que permanecen mucho tiempo en el exterior, arraigándose en un espacio específico que no es su tierra original. Y cuando ese espacio incluye además un cambio radical de lengua, de un idioma a otro, el trauma se acentúa y puede ser vivido como un exilio dentro del exilio. Es decir, como un agravante que pesa aún más que el traslado espacial de un lugar a otro. Las metáforas con que Morábito lo define son muy claras y precisas en este sentido: “Un día mi padre dijo

<sup>18</sup> Morábito, “In limine”, en *Lotes baldíos*, pp. 7-8.

<sup>19</sup> Morábito, “Tres ciudades. 1. Último de la tribu”, en *Lotes baldíos*, pp. 15-16.

/ nos vamos, y tú eras / la meta: otra lengua”.<sup>20</sup> “Nos mudamos un día / para ir lejos, irse / tan lejos como herirse”.<sup>21</sup>

### Gombrowicz, o el exilio autoimpuesto

Habiendo perdido mi rango social, mi familia,  
mis costumbres, habiendo encontrado el anonimato,  
me sentía diez veces mejor, me sentía liberado.<sup>22</sup>

El 22 de agosto de 1939, Witold Gombrowicz, prestigioso escritor polaco, miembro de la aristocracia, con una eminente posición social y gran futuro en las letras de su país, llegó a Buenos Aires a bordo del trasatlántico Chrobry para cubrir periodísticamente su viaje inaugural. El 1º de septiembre Alemania invadió Polonia y comenzó la segunda guerra mundial. Al finalizar, el comunismo se instaló como régimen gubernamental y la obra de Gombrowicz quedó proscrita. La estadía originalmente fugaz del escritor en Argentina duró veinticuatro años. Sin dinero, sin contactos, sin posición social alguna, ni un mínimo conocimiento del idioma español, Gombrowicz comenzó a atravesar una etapa de penurias que duraría hasta 1963, desempleado o trabajando como secretario a sueldo en el Banco de Polonia. Luego llegaría una invitación de la Fundación Ford para regresar a Europa, becado durante un año en Berlín, y los últimos años en Vence, Francia, hasta su muerte en 1969. Nunca más regresó a Polonia.

La historiografía general gombrowicziana sostiene tradicionalmente que cuando el escritor acaba de llegar a la Argentina estalló la guerra. La invasión alemana de Polonia hizo que se cerraran las fronteras y eso habría sido lo que motivó que Gombrowicz decidiera quedarse en Argentina. Una elección fuerte y comprometida (con el no-compromiso), ya que otros compatriotas optaron por subir nuevamente en el mismo barco que los había trasladado hasta el Río de la Plata, para regresar a Europa y alistarse en la resistencia polaca. Una decisión fuerte, pero influida por un hecho ya concretado: Gombrowicz elige quedarse porque su patria se halla ocupada.

El problema con esta hipótesis, aceptada casi universalmente, es que no ocurrió así. Cuando la guerra estalló, el Chrobry ya había partido de Argentina. Es decir, Gombrowicz decidió quedarse *antes* de tener noticia

<sup>20</sup> Morábito, “Tres ciudades. 3. Ciudad de México”, en *Lotes baldíos*, p. 20.

<sup>21</sup> Morábito, “Recuento”, en *Lotes baldíos*, p. 22.

<sup>22</sup> Gombrowicz, *Autobiografía sucinta*, p. 55.

alguna de la invasión. No es extraño que haya sido él mismo el primer impulsor de la versión anterior (en sus diarios las referencias al respecto son muchas), ya que (aunque Gombrowicz no fuera capaz de admitirlo) su relación con el “qué dirán” era fundamental. Las tradiciones, los deberes y las formas eran partes de su vida, y la manera que tenía de enfrentarlos era mediante la sátira, el humor y la ruptura. Gombrowicz quiebra con las tradiciones precisamente porque es hijo de ellas. En el prólogo que escribe en 1957 para *Trans-Atlántico*, explica que

en vísperas de la publicación de esta novela en Polonia debo exigir una lectura más profunda y universal. Debo, porque en cierto sentido se trata de una obra que tiene que ver con la Nación, mientras que nuestra mentalidad, en el exilio o en la patria, no se ha liberado aún de manera suficiente, continúa siendo deforme y hasta amanerada [...] Sencillamente, no sabemos leer los libros que tratan sobre este tema. Nuestros complejos polacos son aún demasiado fuertes, y las tradiciones pesan en exceso sobre nosotros. Hay quienes (y yo pertenecía a ellos) llegan a temer al término patria como si él retrasara en unos treinta años su desarrollo.<sup>23</sup>

La patria o el exilio. Pese a que su elección es previa al inicio de la guerra, no hay nada que indique que Gombrowicz partió de Polonia con el objetivo de radicarse en otra parte. Por sus diarios sabemos que Río de Janeiro (donde hizo escala antes de llegar a Buenos Aires) no fue de su agrado, pero tampoco existen indicios de que Buenos Aires lo cautivara particularmente, tanto como para decidir quedarse en un país donde apenas tenía contactos, ni su nombre (reconocido en Polonia) resonaba en los ecos de la cultura local. Gombrowicz no hablaba español ni traía consigo dinero suficiente como para poder mantenerse durante los meses siguientes. Tampoco debemos dejar de tener en cuenta que, aunque la guerra no hubiera comenzado formalmente, su estallido parecía inminente desde hacía muchos años.

Sin embargo, el mismo polaco se sorprende al recordar textos suyos que anteceden por mucho a su exilio. En el *Diario argentino* encontramos la siguiente anotación, lanzada casi con ingenuidad:

En el año 1931... ¿cómo podía suponer que mi destino sería la Argentina? Esta palabra ni siquiera podía ser presentida.  
Y sin embargo en aquel entonces escribí un relato titulado “Los acon-

<sup>23</sup> | Gombrowicz, *Trans-Atlántico*, p. 7.

tecimientos a bordo del *Brig Banbury*". En aquel cuento navego hacia América del Sur. Los marinos cantaban:

*Bajo el azul cielo de Argentina*

*Donde los sentidos beben hermosas muchachas...*<sup>24</sup>

¿Casualidad, destino, transformación de la memoria? No podemos saberlo, pero no deja de ser curiosa la mención. Así como tampoco el hecho de que haya recordado y escrito precisamente ese texto luego de casi veinte años de vivir en Argentina, en un momento en que, de algún modo, empezaba a sentirse parte de ese nuevo país.

En cierto sentido, Gombrowicz actuaba como un profeta en y del exilio. Uno de esos profetas de la antigüedad que pregonaban una moral diferente a la de su época, viviendo en la pobreza, alejados de los bienes materiales y criticando la banalidad de los actos de la sociedad. Por un lado, es cierto que era casi un asceta porque no podía ser otra cosa: prácticamente no tenía ningún patrimonio material, no por no desearlo, sino por no poder tener acceso a ello, y de hecho su regreso a Europa muestra eso: en cuanto puede, aprovecha las mejoras de sus finanzas para instalarse cómodamente, aunque sin ningún lujo. Pero por otro lado, en su discurso se desprende algo de los grandes profetas de la historia, de los patriarcas bíblicos a Zaratustra. Gombrowicz conocía perfectamente sus historias; los había leído a todos ellos y probablemente hayan influido en él sin saberlo o asumirlo públicamente. Y no hay ninguna duda de hasta qué punto le agradaba el papel de orador maldito, distinto, excéntrico,<sup>25</sup> que sabe algo que los demás no, que es el único entre los suyos que puede adelantarse a una época y develar lo que nadie más podría suponer. Aunque claro: él no representaba la palabra de ningún dios, sino únicamente la suya, la de un pretendido superhombre que no se pretende como tal.

Teniendo en cuenta todo esto, su exilio adquiere un nuevo significado posible, que se relaciona con los beneficios que él podía encontrar alejado de su patria (la Patria, como él la llamaba). Estar fuera, haberse ido, ser expulsado por la guerra y el comunismo (además de las violentas muertes que sufrieron amigos y parientes que se quedaron en Polonia), padecer los avatares del destierro, ignorar la lengua de la nueva tierra, vivir rozando la pobreza, ser rechazado por los grandes círculos literarios

<sup>24</sup> Gombrowicz, *Diario argentino*, p. 193.

<sup>25</sup> Pablo Gasparini resalta que el adjetivo de "excéntrico", aplicado permanentemente a Gombrowicz por sus coetáneos, era el más adecuado para él, ya que precisamente define a aquel que está fuera de su centro. Gasparini, *El exilio procaz*.

argentinos, todo eso es parte de su experiencia. Es real, existió, lo marcó en vida y obra. ¿Pero hasta qué punto no fue todo ello una búsqueda, consciente o inconsciente, para poder asumir el papel que en Polonia le estaba vedado por encontrarse en una excelente posición?

### El exilio en paralaje

El exilio es la pérdida, desde cualquier perspectiva que se lo observe. Es un sitio inusual donde el pasado, el presente y el futuro aparentarían cesar como claves de sentido. Resulta una de las duras experiencias, entonces, donde recién ahí cobra presencia la pregunta por el sentido de la vida.<sup>26</sup>

La experiencia de Witold Gombrowicz es una experiencia singular, única, intransferible. Y sin embargo, resulta llamativo que similares situaciones hayan sido vividas por tantos miles o millones de sujetos a lo largo de todo el siglo xx. El exilio, como tal, no es un elemento que por sí mismo permita igualar casos ni homologar experiencias de vida. Y aun así, resulta insoslayable el hecho de que posibilite transitar esos múltiples devenires que el sujeto enfrenta cada día con asombrosas coincidencias que son dignas de tener en cuenta. El exilio de Gombrowicz, ese *no-estar-en-Polonia* durante treinta años, puede ser estudiado y entendido en tanto una experiencia que no fue determinada por los sucesos políticos e ideológicos de su época, sino posibilitada por ellos. La diferencia entre determinación y posibilidad es central aquí, ya que otorga al sujeto la responsabilidad (muchas veces agobiante) de sus elecciones. Responsabilidad que no es fácil ni cómoda, y que fue muy provocativa y acertadamente estudiada por Erich Fromm en *El miedo a la libertad*.<sup>27</sup>

Algo similar ocurre con Fabio Morábito, quien responde a la caracterización tradicional que se hace del exiliado, teniendo en su prontuario curricular todos los elementos que se exigen para ello excepto el haber sido expulsado de un espacio por cuestiones políticas o ideológicas. Cuando Morábito titula su libro *Lotes baldíos*, hace algo más que elegir azarosamente una mera nominación. El lote baldío es el espacio que está vacío y sobre el cual se puede construir. Un vacío que no se refiere a objetos materiales, sino a significaciones. Un lote baldío que está en el espacio al que se llega, pero también en aquel que se abandonó,

<sup>26</sup> Casullo, "La pérdida de lo propio", p. 169.

<sup>27</sup> Fromm, *El miedo a la libertad*.

porque las resignificaciones funcionan en pasado, presente y futuro. En esos lotes baldíos, en esos vacíos expectantes de ser significados, Morábito encuentra un espacio para construir su vida y su obra, sintiendo que pertenece y que no pertenece, que es de allí y que no lo es, que podrá adaptarse y que no lo hará nunca. Sin ellos, probablemente, ese tránsito sería insoportable.

El exilio suele estar marcado por cuestiones político-ideológicas que lo median indefectiblemente. Sin embargo, esto no ocurre siempre, y no siempre es su única causa. Fabio Morábito y Witold Gombrowicz experimentaron el exilio de diferentes maneras, pero ambos son ejemplos claros y concretos de la complejidad del fenómeno y de la dificultad que existe para catalogar a los exiliados bajo rótulos estáticos, inamovibles. No es la intención de este artículo caer en una casuística que busque mostrar excepciones a las leyes generales de las investigaciones realizadas. Por el contrario, lo que se pretende desde aquí es mostrar una visión de paraje que contribuya a repensar la categoría de exilio y los motivos por los que éste cobra vida y se encarna en el cuerpo de sujetos que, tal como lo descubrió Freud, no son dueños de todas sus acciones.

### Bibliografía

Álvarez, Rossana y Juan Ariel Gómez

“Manuel Puig y la estrategia de la (auto)traducción”, ponencia presentada en el II Congreso CELEHIS de Literatura, Mar del Plata, 2004.

[http://www.freewebs.com/celehis/actas2004/ponencias/38/3\\_Alvarez\\_Gomez.doc](http://www.freewebs.com/celehis/actas2004/ponencias/38/3_Alvarez_Gomez.doc), fecha de consulta: septiembre de 2010.

Bernetti, Jorge Luis y Mempo Giardinelli

*México: el exilio que hemos vivido*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmas, 2003.

Burckas, Cristina

“Escribir el exilio - hacia el lugar de la falta en el Otro”, en [http://www.freud-lacan.com/articles/article.php?id\\_article=00503](http://www.freud-lacan.com/articles/article.php?id_article=00503), fecha de consulta: septiembre de 2010.

Casullo, Nicolás

“La pérdida de lo propio”, en *Revista Sociedad*, Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, núm. 25, (2006).

Diego, José Luis de

“Relatos atravesados por los exilios”, en Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Volumen 11, *La narración gana la partida*, Buenos Aires, Emecé, 2000.

Dornheim, Nicolás Jorge

“El exilio en la Argentina. Visión bibliográfica”, en Regula Rohland de



- Langbehn (comp.), *Paul Zech y las condiciones del exilio en la Argentina, 1933-1946*, Buenos Aires, Eudeba, 1996.
- Franco, Marina  
*El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Fromm, Erich  
*El miedo a la libertad*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985.
- Gasparini, Pablo  
*El exilio procaz: Gombrowicz por la Argentina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2007.
- Gelman, Juan y Osvaldo Bayer  
*Exilio*, Buenos Aires, La Página, 2009.
- Gombrowicz, Witold  
*Autobiografía sucinta*, Barcelona, Anagrama, 1972.  
 — *Diario argentino*, Buenos Aires, Sudamericana, 1968.  
 — *Trans-Atlántico*, Buenos Aires, Seix Barral, 2004.
- Grinberg, León y Rebeca Grinberg  
*Psicoanálisis de la migración y el exilio*, Madrid, Alianza, 1984.
- Hochman, Nicolás  
 “El exilio y los síntomas: Gombrowicz fuera de Polonia”, en *Actas de las Primeras Jornadas de Historia, Psicoanálisis y Filosofía, realizadas en el Centro Cultural de la Cooperación*, Buenos Aires, 22 y 23 de octubre de 2009.
- Jensen, Silvina  
*Los exiliados*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.
- Lacan, Jacques  
*El Seminario. Libro 23. El Sinthome*, Buenos Aires, Paidós, s/f.
- Morábito, Fabio  
 “El escritor en busca de una lengua”, en *Vuelta*, año XVII, núm. 195 (1993).  
 — *Lotes baldíos*, México, Era-Conaculta, 2002.  
 — *Lunes todo el año*, México, Era-Conaculta, 2005.
- Ollin Tecandi, Moctezuma Quistian  
 “La importancia del estilo. Entrevista a Fabio Morábito”, en *Babab*, núm. 14, <http://www.babab.com/no14/Morábito.htm>, fecha de consulta: septiembre de 2010.
- Podlubne, Judith y Alberto Giordano  
 “Exilio y extraterritorialidad: Wilcock y Biancotti”, en Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Volumen 11, *La narración gana la partida*, Buenos Aires, Emecé, 2000.

Real Academia Española

*Diccionario de la lengua española*, 22<sup>a</sup> edición, vol. II., Madrid, Espasa-Calpe, 2001.

Saraceni, Gina

*Escribir hacia atrás*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2008.

Steiner, Georges

*Extraterritorialidad. Ensayos sobre la literatura y la revolución lingüística*, Barcelona, Barral, 1973.

Traverso, Enzo

*Cosmópolis. Figuras del exilio judeo-alemán*, México, UNAM-Fundación Cultural Eduardo Cohen, 2004.

Vitale, Ermanno

*Ius migrandi*, España, Melusina, 2006.

Žižek, Slavoj

*Visión de paralaje*, Buenos Aires, FCE, 2006.